

LAS MERIENDAS DE ANTAÑO



*De merienda en La Mudarra en la década de los cuarenta.
Foto propiedad de Beatriz González*

acompañar a los miembros del Apostolado de la Oración a misa y posterior procesión y una vez terminado este acto, obligatorio para casi todos, había que ir a “la merienda”.



*Un grupo de jóvenes de merienda en la Mudarra
Foto propiedad de Paco González*

Los más pequeños, según la edad, iban con sus padres y los más mayorcitos íbamos en pandilla con nuestra cesta de viandas: tortilla, chorizo, melocotón en almíbar, etc. Hora: las seis de la tarde; el lugar solía ser la fuente Porras, la fuente Olivete o el huerto. Según la edad y las fuerzas cada vez más crecidas, hasta el molino. Como en estos parajes los prados estaban limpios y cuidados y había buenos manantiales no era preciso llevar agua. Una vez allí sobre la hierba extendíamos el mantel y todos a dar cuenta de la merienda, a jugar a las cartas y a las nueve, según el sol, a casa sin hora exacta porque por aquel entonces los menores de 14 años no solíamos llevar reloj.



*Preparados para salir de merienda
Foto propiedad de Chus Garabito*

Una vez reunida cada pandilla, que ahora se llamaría peña, preparaban su merienda y la gira. Las chicas preparábamos las tortillas, la longaniza, alguna conserva de bonito y aceitunas, el melocotón que no faltaba y flan, arroz con leche y pastas que habían quedado de las fiestas de San Antonio, porque pelusas y soplillos ya no había existencias. Los chicos eran los encargados de la bebida: limonada, refrescos, gaseosa y naranjada, lo que había entonces. Las cocineras solíamos ser las chicas, pues nuestras madres bastante tenían con atender a los pequeños y nosotras teníamos que lucir los conocimientos de cocina que íbamos adquiriendo. La aportación se hacía a “escote”: huevos, patatas, aceite y demás. Cada una presentaba lo que se había acordado y en alguna de las cocinas de verano, allí

preparábamos el menú que después pondríamos, junto con algo de vajilla, en las cestas grandes que días más tarde se usaban para llevar la comida a los que estaban trabajando en las eras. El transporte era

delicado porque los flanes no solían llegar enteros, pero no pasaba lo mismo con el resto de la comida. Eran los años cincuenta y sesenta. Los mozos ya disponían de carnet de conducir y claro enseguida preparaban tractor y remolque y todos de romería.



*Saliendo de Peñaflores tras la merienda
Foto propiedad de Chus Garabito*

Algunos años no nos librábamos de los nublados que hacían que volviéramos a comer a alguna casa porque no podíamos hacerlo en el campo. Cuando el tiempo era mejor y el clima benévolo, llegábamos hasta el batán o cerca de Peñaflores, al monte o de ruta para algún caserío donde teníamos sitio para estar más acomodados. Cantando, contando historietas, chistes, recitando alguna poesía o romance, volvíamos para casa no sin antes ver si cerca, en algún pueblo, había fiesta y allí nos presentábamos con nuestro atuendo de romería. Como podéis figuraros íbamos con ropa cómoda y no de mucha fiesta, por lo cual en algunos lugares no fuimos bien recibidos, pero no faltaban amigos y personas que se esforzaban en atendernos para que todo fuera bien.



Al final llegábamos al pueblo a la salida del baile y allí acabábamos la fiesta pensando que al día siguiente, todos teníamos que trabajar, cada uno en su puesto y en el trabajo que correspondiera, pero también haciendo planes para el próximo año. En fin, una tradición que como otras muchas se ha perdido y que ya solo pervive en la memoria de muchos de nosotros. En estos tiempos que vivimos ya pocos piensan en revivir muchas de nuestras tradiciones, por eso es bueno que las nuevas generaciones las conozcan. Será la manera de que aprendan a conocerlas e incluso a transmitir las.